

# A PROPOSITO DE UN BALANCE LITERARIO

El primero del año han salido al sol todas las ilusiones liberales. “El Cronista” de León abrió de par en par las puertas del Parnaso Nicaragüense. Entrada gratis. En los oscuros tiempos conservadores, tiempos de carestía literaria, era imposible entrar para quienes como poetas eran pobres. Además la Hacienda Pública había pasado de manos intelectuales a manos comerciales. Se anuncia, con cambio, en vez de pájaros carpinteros, ruiseñores. Todo en serio.

El artículo que motiva estas líneas se titula y subtitula de esta manera: “El movimiento literario durante los 18 años”. “El ambiente no fue propio para la influencia de las ideas estéticas”. Parece que va a resolver el difícil problema de las relaciones del arte y la política. Leído, produce risa y desencanto. Está escrito con lastimosa ligereza y falta de conocimientos. Sería necesario desmenuzarlo y hacerlo de nuevo.

La pobreza de Nicaragua es evidente. Las causas que “El Cronista” señala, pueriles y falsas.

No puede tomarse en serio este argumento: “aquellos poetas que aún llamáronse decadentes . . . colgaron sus lirás ante la brutalidad del conservatismo que entró de lleno las manos en la cosa pública, etc. . . .” Yo no sé si los poetas zelayistas gozaban de sueldo. Sólo eso explicaría su silencio. Pero desgraciadamente siguieron cantando hasta cansarse. Algunos quizá (¿quién sabe sus nombres?), emigraron; otros, en un ambiente de mejor gusto, comenzaron a gustar el silencio. Los más incorregibles abrigan la secreta esperanza de una edición nacional. Gracias a Dios, Moncada es enemigo de los poetas.

“El Cronista” no se conforma con sus razones económicas y busca algunas pedagógicas. La enseñanza conservadora tiene la culpa de nuestro fracaso intelectual. Aquí se esconde una cuestión de tiempo. Las generaciones preparadas en el ambiente conservador, apenas están comenzando a vivir de su trabajo. Las que preparó la escuela

laica de Zelaya, vivieron y trabajaron durante estos 18 años que concluyeron el último de diciembre. Los de la escuela de los treinta años dieron su fruto en tiempos liberales. Así debieran estudiarse en relación con la enseñanza.

Pero “El Cronista”, que toma en serio su liberalismo, acusa al partido conservador de retrogrado, en aquello, precisamente, que no lo es. Aquí se cree que el liberalismo es un movimiento de avance. Pero sucede lo contrario, el liberalismo de las ideas es un estancamiento. Producto del siglo XIX, a él se aferra como su tabla de salvación. El siglo XX es revolucionario, comunista o fascista, extrema izquierda o extrema derecha.

En efecto, “El Cronista”, acusa a los ministros de Instrucción Pública conservadores por haber sustituido el Positivismo por la Escolástica, que según él “no lleva a ninguna parte”. El que a ninguna parte lleva es el Positivismo. Apenas pudo salirse de su siglo y de la burguesa cerrazón de Augusto Comte. Hoy día el Positivismo nacido ayer, es una antigualla dejada en el camino. El ansia metafísica no puede reprimirse y el Positivismo la apretujaba. En todas partes ha sido superado y solamente un rancio liberal se atreve a recordarlo. Mas ¡qué atrasado está quien no conozca el gran renacimiento de la escolástica en este tiempo! “El Cronista” nada sabe, sin duda, de Jacques Maritain, de Flobes, de Henry Massís. La Escolástica es vieja como el cristianismo, aún más, como Aristóteles y vive todavía floreciente. Y sobre todo lleva a Dios.

Despedido el Señor Pedrola, cosa que hemos de agradecer a nuestros padres de familia, el partido conservador protegió a los maestros religiosos. “El Cronista” se irrita y los calumnia. Yo soy alumno de éstos y he sido profesor en los institutos nacionales del Gobierno. Conozco ambos sistemas y programas. En cuanto a la fábrica de bachilleres sé a qué atenerme. Nuestras escuelas públicas e institutos son herencia del

liberalismo. Los gobernantes conservadores, en circunstancias duras, se limitaron a moderar su influencia perniciosa. Establecieron la enseñanza de la religión y de la recta filosofía. Pero el mal es muy hondo. Urgía cortar la raíz y los conservadores no lo hicieron. Y esos institutos no son sólo las verdaderas fábricas de bachilleres, sino fábrica de liberales y atrofiadero de juventudes. Allí es donde hay que nacionalizar, porque allí está la enseñanza antinacionalista. Los fundamentos de nuestra nacionalidad, nuestra cultura tradicional greco-romana y católica, sólo podemos encontrarla en los colegios de los Jesuitas y los Hermanos.

"El Cronista" quiere ver una muestra de la debilidad literaria, de esa escuela, en *Alba Literaria*, una pequeña colección de trabajos escolares, buena como promesa. Los decadentes del liberalismo publicaron en España un "*Parnaso Nicaragüense*" mil veces más mediocre. Al mismo Rubén Darío lo presentaron en harapos.

Pero hay más todavía. "El Cronista" piensa que nuestra salvación artística está en seguir la moda de revistas francesas. Siempre imitar como perfectos liberales. El Director de ese periódico, G. A. Prado, que ha escrito lindas crónicas de nuestra vida colonial, pasó por alto esas palabras que van en sentido contrario a sus trabajos.

Nuestra cultura, y por lo tanto nuestra literatura, debe seguir rutas diferentes. La psicología

de la literatura francesa actual es de angustia (con grandes excepciones), de falta de valores estéticos durables, de tanteos y experimentaciones. Pero se explica que el escritor de "El Cronista", no señale esas rutas, pues las desconoce totalmente. Habla del Dadaísmo, de Picabia, de Duhand, de Charles Vildrac . . . Picabia fue un dadaísta de cuarto orden los mismos dadaístas considerábanlo espúreo. Nada sé de Duhand pero Charles Vildrac es todo menos dadaísta. Pero todo eso está demás. El Dadaísmo pasó al olvido antes de 1926. Era nada. Tristán Tzara, su fundador, lo definía así.

Dadá es un joven microbio que cambia según el sexo del Presidente.

El sexo de Moncada es masculino. Así es que a cambiar según este sentido.

Por lo demás todo va en el mismo orden. El autor del artículo que comento es demasiado superficial y está mal informado.

Yo espero ensayar una interpretación de nuestro atraso intelectual en otro artículo.

5 de enero, 1929.

El Diario Nicaragüense

# POLITICA Y LITERATURA

Es bastante difícil estudiar la producción literaria y, en general, artística, como fenómeno social. El arte es una manifestación de la cultura. Para señalar las causas de nuestra miseria artística, se debería investigar el grado de cultura de nuestro pueblo. Pero cultura no significa un conjunto de valores históricamente universales, sino un conjunto de valores válidos a todos los miembros de una comunidad cultural. Nicaragua, como el resto de la América Española, está comprendida entre los pueblos de cultura católica, o mejor dicho, greco-romana y católica, y los matices nacionales, se los deberá únicamente a su posición histórica, etnológica y geográfica. No hace al caso la validez universal, de carácter intrínseco, de esta cultura a que pertenecemos. Pero sí su incluida calidad de perenne. Entre esos valores están los del arte, la religión, la filosofía, la política, etc., etc., sustentadores del espíritu corrientemente manifestado en las costumbres y aún en los modales de la gente. Hay entre esos valores la eterna jerarquía y armonía del orden. La alteración o desorbitación de alguno de ellos acarrea el trastorno general de la cultura y por lo tanto su decadencia.

Yo me inclino a atribuir la decadencia de la cultura nuestra a la mala política. Nuestra cultura nació con la conquista. Por buenas y por malas nuestros antepasados españoles sujetaron al indio degenerado en la barbarie y se impusieron la tarea aún no terminada de incorporarlo a una cultura superior. Lo elevaron en la sangre con la mezcla, le dieron una religión salvadora, y una lengua vasta y casi perfecta. Desde entonces el indio, el criollo y el puro español, quedaron en el camino de la misma cultura inagotable. No sabría determinar precisamente cuál ha sido el momento más alto de la cultura en nuestra historia patria. Sospecho que los últimos tiempos de la Colonia, los años vecinos a la Independencia. La independencia marca, aun con todo lo que

tuvo de imitativa, un momento de conciencia madura, una mirada reflexiva, un sentimiento central, algo como un imperativo de ser por uno mismo y de **noscete ipsum** histórico, que revela bastante elevación de la cultura. Pero la independencia se llevó a cabo con una enorme dosis de estupidez política, de romanticismo democrático aterrante, de atolondramiento, sin vigor y sin brújula, y los buenos efectos que pudo producir se echaron a perder. Desde entonces venimos rodando por la pendiente. Y estamos ahora en el momento preciso, en que si no volvemos por un esfuerzo enorme al punto de separación de los caminos, y proclamamos la Independencia como Dios manda, tendremos que cambiar nuestra cultura yanki.

Así se me presenta el problema de la cultura greco-romana y católica en Nicaragua. Influencias literarias y extrañas al carácter latinoamericano provocaron un estado mental peligroso en nuestros independizadores. Esto produjo una política fatal cuya acción secular en nuestra vida ha sido corrosiva para toda producción espiritual y aún material. Las ideas liberales, sustentadas por el hombre de talento, han hecho un mal profundo y largo en nuestra historia. Por regla general, los hombres del conservatismo no han podido sino refrenar, detener, poner estorbos a la corriente, hasta caer a veces en desesperaciones colectivas que han traído consigo la destrucción y la anarquía.

Vistas así las cosas se puede hacer algún estudio particular, como es la influencia de la política en la literatura nicaragüense.

El pueblo nicaragüense es de naturaleza despierta e imaginativa. Por lo menos aquí en Oriente es humorista. En Masaya casi todo el mundo es músico. En León, poeta. Ha habido en nuestra historia casos individuales muy elevados y frecuentes. Rubén abrió una era en nuestra lengua. Pero jamás ha habido ambiente. No ha habido

un elemento colectivo apreciador, que sirva al mismo tiempo de aliento y selección.

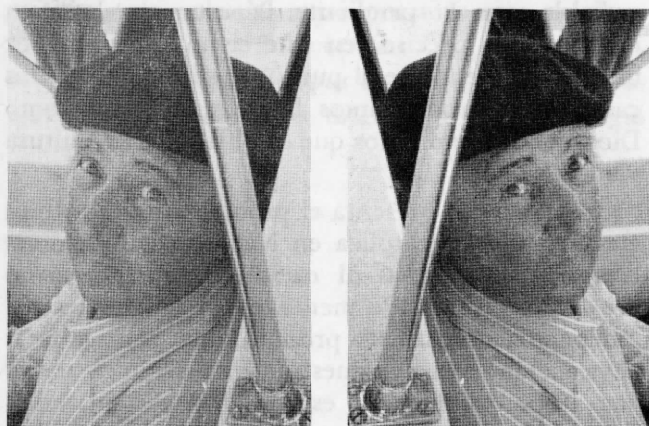
No existe crítica estimativa y casi nadie tiene el menor sentido de valorización. Reina el mal gusto entre quienes escriben y los que leen. Y sólo cuando existe un elemento de masas cultivadas, hay producción colectiva estimable.

Para crear un elemento semejante de productores y consumidores literarios, no bastan las corrientes y las modas artísticas del momento, ni la lectura de unos cuantos libros en la propia lengua o en lenguas extrañas. Es necesario hacer consubstancial, como quien dice, la gran fuerza creadora de la raza, de la cultura estética hereditaria. Esto lo da la formación. La formación que nunca hemos tenido, la propia nuestra, la propia de los pueblos de cultura griega, romana y cristiana.

Aquí no ha habido estudios clásicos y apenas en las viejas escuelas parroquiales se daba una enseñanza ingenua pero ordenada.

Esa es la causa de la falta de ambiente literario en esta tierra. Clásicos griegos, clásicos latinos, clásicos castellanos, siquiera sólo castellanos, necesitaron los bachilleres que murieron doctores, que viven como doctores, que quieren ser doctores. Y gracias al liberalismo hemos tenido siempre una escuela desligada de la tradición mental de nuestro pueblo, una escuela de prejuicios y desorden, sobrecargada de conocimientos no utilizables, en fin, la escuela enciclopédica que confunde el saber con la cultura.

(El Diario Nicaragüense, mediados de enero, 1929)





# INVITACION A REACCIONAR

No me produce ningún placer escribir sobre ideas. Lo hago con gran dificultad y a pesar mío. Lo hago para servir a una causa que un día será la causa de la mejor juventud de Nicaragua. Es necesaria la reacción de esa juventud contra una vida nacional de quejas imprecisas, de oscuro descontento, de falta de horizontes y caminos, de anhelo de inmigración y de viajes, de odio a la patria. Esa reacción juvenil existe y ha existido, pero desviada en veredas partidas. Jóvenes hay que reaccionaron contra políticas en bloque, contra gobiernos particulares, contra ciudades, contra familias, contra la intervención americana. Todas esas reacciones fueron justas pero incompletas y accidentales. Otras reacciones fueron y son más ciegas, más personales y más descaminadas. Fugas, escapatorias hacia los paraísos artificiales, hacia el desencanto, hacia el abandono. Y fuga también hacia el cielo, hacia el olvido de la tierra.

No hay camino ancho y común en donde todas las vocaciones tengan lugar de arribo. El movimiento de la raza se hace imposible en donde nadie ocupa su lugar, en donde todo está en desorden. Y el resultado es la incomodidad y descontento generales.

Hay una infinidad de causas secundarias del antiguo y perenne malestar que yo señalo aquí en la juventud de Nicaragua, porque para ella escribo, pero que es un malestar de todas las clases y las generaciones. Esas causas segundas se originan de una causa primera que todos deberíamos descubrir y exterminar como foco infeccioso. Por desgracia la abandonada juventud se resiste a pensar y vive de las ideas venenosas que han infestado un siglo y medio de nuestra vida. De esas ideas nació la política mortal que desde 1821 viene perpetrando día a día el lento asesinato de la patria.

Es contra esa política y sus ideas madres que debe dirigirse la reacción de los jóvenes.

Es vano estar culpando a los hombres y a los partidos que las más de las veces han labrado la ruina del país de manera inconsciente. El pecado original de todos los directores de Nicaragua, ha sido y sigue siendo pecado intelectual.

De ese pecado nació nuestro sistema de gobierno republicano y democrático que es nuestra perdición. Ese pecado intelectual es el liberalismo.

Nuestros partidos históricos son dos partidos liberales que se distinguen como dos compañías limitadas para administración de bienes nacionales. Se pertenece al uno o al otro según la idea que se tenga de sus directores y según la conciencia particular y las ventajas económicas que proporciona la escogencia. La fisonomía que la historia ha prestado a esos partidos es obra de las circunstancias porque han atravesado en sus gobiernos y está sujeta a cambios. Ambos partidos son condenables a muerte. La obligación de la juventud está en juzgarlos y ejecutarlos por liberales.

Yo propongo a los jóvenes liberales y conservadores de Nicaragua una reacción contra el liberalismo que comience por una acusación a la democracia. La idea democrática, falsa en sí misma y por lo tanto impracticable, ha sido instrumento de engaño que usaron los ambiciosos y aventureros de todas partes para llevar al pueblo a la matanza. La democracia es un principio de desorden y de caos, mortal para los pueblos latinos, y sobre todo para nosotros. Nuestro pueblo no desea la democracia, contraría a sus necesidades y carácter. Se deja mover por el conjuro de su nombre porque se lo inflan de promesas vanas y viles odios. La historia de nuestra vida independiente tan mezquina, tan triste, tan ciega, es la historia de la epidemia democrática, con su cortejo de guerras civiles y de invasiones extranjeras. Se nos ha dicho que las revoluciones tienen su origen en el espíritu levantisco de nuestro pueblo y que necesitamos de la fuerza yanqui para impedir las. Dos mentiras

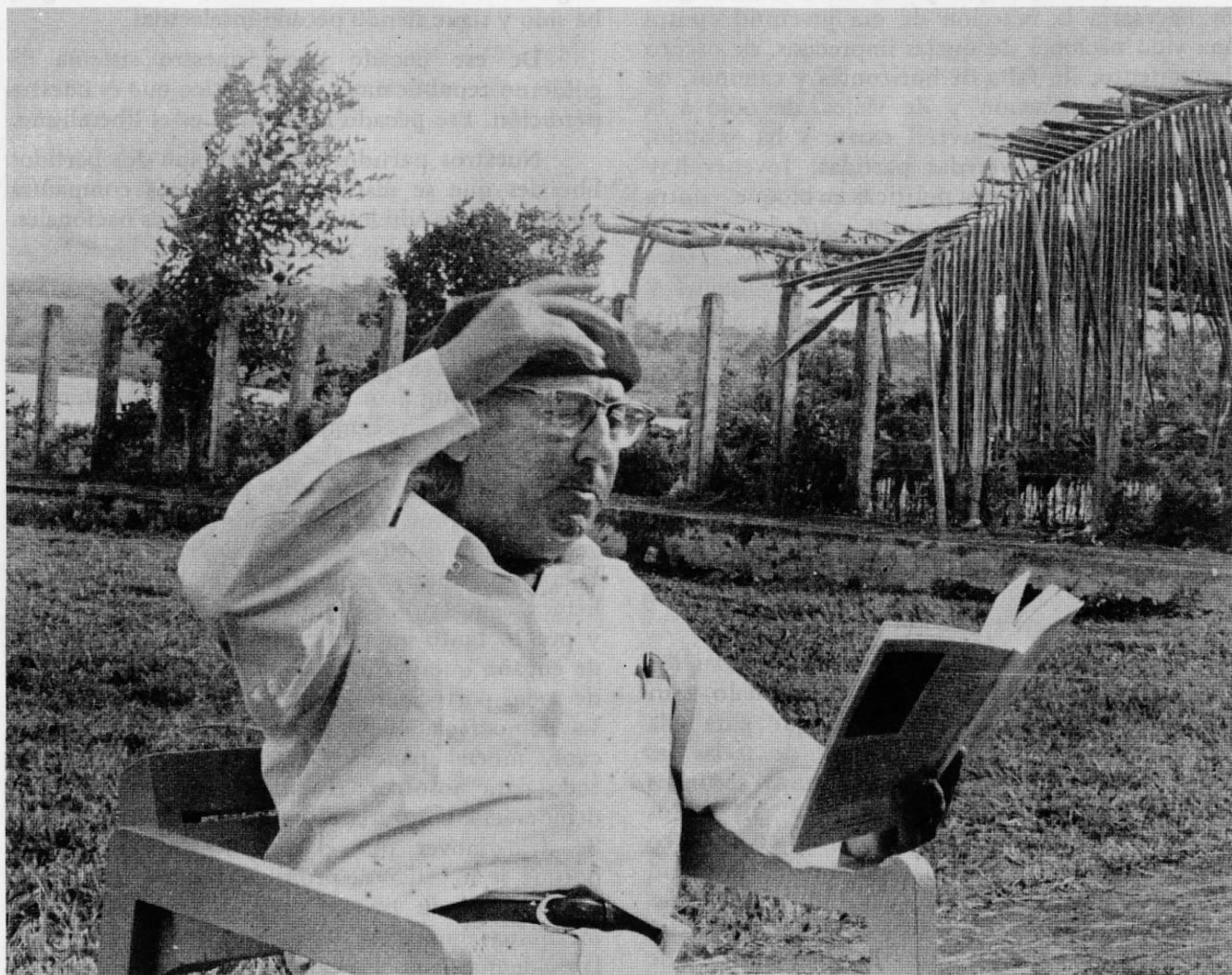
enormes —el verdadero pueblo nicaragüense educado en la paz y la disciplina, no tiene espíritu levantisco. La democracia le enseñó a levantarse durante más de un siglo y le ha quedado el hábito. Los tiempos de la Colonia fueron tiempos pacíficos. El guerrero era el indio no labrador a quien España le infundió el gusto de la tierra y de la agricultura, escuela de paz. Aquí no había ejércitos españoles y el indio nunca tuvo motivos para levantarse, ni se levantó. Lo hizo cuando sonó el clarín fraticida de la democracia y cayó sobre nuestros campos la plaga del sufragio universal. Arrancando las raíces del mal, vuelve la paz y el bienestar.

Yo no hago sino pasar de prisa sobre algunos aspectos de la cuestión. Me propongo invitar a

los jóvenes a la reacción contra el liberalismo. Un estudio severo de la historia patria y de las necesidades de nuestro pueblo pueden ser un principio de esa reacción. *"Puede servir de base a un raciocinio metódico y disciplinado que nos lleve a alcanzar las líneas rotas de la política clásica de los descubridores y fundadores de Centro América y de la Gobernación de Nicaragua"*.

25 de diciembre, 1929

"El Diario Nicaragüense"



JOSE CORONEL

# EL OBSCURANTISMO DEL SIGLO XIX

El siglo XIX magnificó y le dió acabado a la leyenda protestante del Obscurantismo medieval. Reverso histórico de esa leyenda es el obscurantismo del siglo XIX.

Los diccionarios llaman obscurantismo al dominio de la ignorancia entre las masas, a la decadencia de la cultura general. Y es un signo preñado de sentido el que en el siglo XIX el concepto mismo de la ignorancia se trastorna o, mejor dicho, se aplique trastornado a la enseñanza. Antes, ignorancia ha querido decir el desconocimiento de los puntos cardinales del hombre, de su lugar en el Universo respecto a Dios, respecto a sus semejantes y respecto a sus bienes; la falta de una visión de conjunto del camino humano; la inhabilidad en el manejo de los instrumentos escogidos para trabajar y pagar su hospedaje en la tierra; la carencia de medios apropiados para expresar la emoción de la belleza; y, en una palabra, la ruptura y el aislamiento del hombre respecto a una cultura tradicional de la raza y la familia. En cambio para el siglo XIX, ignorancia es sólo la falta de ilustración, de información, de erudición. Es mucho más grave en esos tiempos un error de fecha, de lugar o de peso que un error de interpretación. De esa manera el pensamiento del siglo es presa de la contradicción por el divorcio de las partes y mientras la filosofía niega el valor cognoscitivo de los sentidos, la ciencia ignora el valor directivo de la metafísica y descansa únicamente en la experiencia sensorial. Lo que ha pasado es que las masas se han independizado de la tradición culta y en lugar de recibir la enseñanza, ellas imponen su curiosidad y fantasía. La instrucción pública tal como la conciben los estados del siglo XIX, es para el criterio clásico del Magisterio una gigante máquina

para la propagación de la ignorancia, del desconcierto. La enseñanza del error es la enseñanza agresiva y el asalto. El mal que causa es casi siempre irremediable porque produce la deformación del juicio, y no deja esa casilla sin ocupar, ese campito cultivable que es la ignorancia de los simples.

Vistas así las cosas se comprende que sosteníamos que es mucho más prudente y sabio un siervo de la Edad Media que el farsante poeta Víctor Hugo. Eso que se llama la masa, que equivale a decir el rebaño, no existe en la Edad Media ni en los siglos que siguen bajo su sombra bienhechora. Eso se parece únicamente a las hordas nómadas que eran azote de Dios fuera del Cristianismo. No existe nada tan ignorante, tan desorientado, tan explotable, tan derrotado, como las hordas inconscientes que llenan con su alharaca toda la historia del Siglo Estúpido que ha denunciado León Daudet y que sufre todavía nuestro siglo. En la Edad Media lo que se encuentra es el pueblo reunido en familias, temeroso de Dios, hábil en su trabajo y protegido como pueblo por los señores feudales. Quien quiera conocerlo debe leer a Faustel de Coulanges y a sus discípulos. El siglo XIX que fue inícuo con las masas a las que arrojó a las más grandes carnicerías, exageró su piedad por los individuos malhechores y los locos peligrosos, que sufrieron la horca y la hoguera de los señores y el juicio de la Santa Inquisición. Pero es que el siglo XIX fue "llorón y sensiblero" como todos los hipócritas. Ese siglo no admite comparación en ninguno de los bellos órdenes de la actividad humana con los siglos maduros de la Alta Edad Media. Reparad en las artes. La arquitectura de pastelería, de imitación, de ornamentación afeminada, se humilla ante las divinas plega-

rias de piedra del gótico. Ninguna creación fecunda marca en el siglo XIX una cima en la historia de las Artes Plásticas que se afanan perseguidas por la sombra gigante de Goya, un español, que es casi decir un medieval, hijo del siglo XIII. La literatura arrastró a los grandes ingenios en el remolino febril del romanticismo, hasta hundirlos en la cloaca de Zola. Apenas se salva la voz universal de Goethe, cuyo eco está cargado de nostalgia y esperanza. Y lo que es mucho más decididor no hay en el siglo XIX poesía popular que es la poesía de la Edad Media. La inteligencia añora la *philosophia perennis* de los escolásticos ante la sollicitación de mercado y plaza pública de un incontable número de pensadores filosóficos que en el más lamentable desacuerdo se reparten la desgarrada vestidura del pensamiento puro y sin norte. Y en fin, la Ciencia que el siglo XIX escribe con oronda mayúscula ¿qué le ha dado al hombre en el mejoramiento de sí mismo, en el conocimiento de la verdad, en la iluminación del misterio que prometía? No nos deja sino una riqueza instrumental que es hija de necesidades perversas, y medio de explotación y matanza, de codicia e intemperancia.

No pretendo más que indicar la comparación imposible de un siglo loco, voraz y desorientado, con siglos clásicos, equilibrados, humanos de verdad. Lo que quisiera es sugerir en el breve espacio que me resta, la oscuridad del ambiente, que envuelve al siglo malo.

Todo el que ame los libros puede sentir el denso velo que se tiende sobre la verdad de la vida y de la muerte, sobre el alma del hombre, sobre el porvenir del mundo, en la literatura del pasado siglo. El nuestro, gracias a Dios, hace un supremo esfuerzo "por salir de la noche después de haber caído en el abismo de la guerra". Pero el siglo XIX parecía que amaba la oscuridad, la incertidumbre. Se llamaba el *Siglo de las Luces*, pero era el Siglo de las *Tinieblas*. Siente a su alrededor el vacío, el espacio sin soles, la muerte sin más allá y en eso vive, eso piensa, eso canta. "*El astro tutelar de sus poetas no es el sol de los clásicos, sino la luna fría de los románticos. En la literatura castellana la mayoría parecen "enfermos de grandilocuencia y de fiebre"*". Una poesía de cementerios a media noche,

de amores ocultos, de fantasmas, de ardores, de crespones negros. Los dramas tétricos, truculentos. Los poemas desesperados, dichos en alaridos de dolor. La novela de folletín, lo más leído entonces, con sus escondrijos, sus almas negras, negras, sus sobrias pasiones. Y el miedo a la muerte, el pánico, el vértigo de la muerte con su natural resbalón al suicidio. ¿Qué hubiera sido el alma hermosa de Zorrilla sin la influencia de la poesía árabe y de las leyendas medievales? Hasta el genio diáfano de Gustavo Adolfo Becquer pasa entristecido. Desconsuela acordarse del pobre Larra, e infunde pánico a los niños la fila de poetas ogros, que echan fuego por los ojos y por la boca como Espronceda. Y el insoportable académico Don Gaspar Núñez de Arce, llamando su atención en su gran bombo sobre el abismo en que se hunde el mundo y las tinieblas que amenazan borrar los últimos restos de no se sabe qué. No faltará quien cite una centena de oscuras excepciones, personas alegres y claras en este siglo cuyo personaje más amado fue el infantil suicida Wherter, y cuyos poetas favoritos eran el incestuoso y vacío Lord Byron y el igualmente vacío Víctor Hugo. Siglo lúgubre, oscuro, que Goethe presiente al morir pidiendo "*Luz, más luz*" cuando las tinieblas cierran sus ojos.

No tiene el siglo XIX un solo gran humorista, un hombre que ría francamente, con sana risa, como Aristófanes, como Rabelais o Molière. Sus humoristas ingleses o no ingleses son hombres de mal humor y ciudadanos envenenados. Quizás sea éste el signo más revelador de la desesperación, de la oscuridad en que se hundía el siglo heredero de la Revolución. Rebelde a la luz cristiana del medievo, el siglo XIX veía oscuro lo que no era sino la oscuridad de sus ojos, porque tenía como inscripción de su bandera el verso triste del último de sus grandes poetas: "*Y no saber a dónde vamos, ni de dónde venimos*".

¿No está encerrada en ese verso la definición misma de la obscuridad y del obscurantismo?

"El Diario Nicaragüense"

15 de Marzo, 1931



# CONTRA EL ESPIRITU BURGUES

La burguesía no es, de por sí, despreciable. Por el contrario es un elemento de estabilidad social. Apegada al presente y a sus bienes es por naturaleza reacia a las INNOVACIONES, al halago de las utopías, a las aventuras individuales o colectivas. La mueve sólo la violencia y la transforman sólo las catástrofes y las profundas revoluciones.

Por eso ha cambiado en los grandes cambios de la historia y ha tenido distinto significado social, diferente estructura, desigual poder. La que hoy puebla al mundo amenazada por nuevos desasosiegos y peligros, es hija de la Revolución Francesa, de la democracia y de la libertad de contratar. Es la burguesía liberal. Nunca ha sido tan torpe, tan mezquina y tan poderosa. Su naturaleza social es la misma bajo toda la moderna civilización de Occidente, pero cambia, según las naciones, de matiz, de cultura y de influencia. Entre nosotros la burguesía está compuesta por esa destañada clase social que se llama a sí misma la SOCIEDAD, que fluctúa caprichosamente en las categorías de "primera" y "segunda" y que se distingue del pueblo trabajador y campesino, porque goza de cierta superioridad económica, de una especie de cultura profesional, y en fin, porque ha tenido en sus manos el triste destino histórico de la nación. Ella resume la flor y la espuma de nuestra vida social y si no dirige el desarrollo de la población nicaragüense es porque no sabe qué dirección imprimirle. Apenas tiene conciencia social, conciencia civil, y si logra reconocerse en sus miembros es por caprichosas consignas de apellidos, de tipo, de habitación, de traje o de propinas. Habrá que llamarle burguesía por falta de algún nombre bautismal y, porque burguesía es al fin y al cabo. Ella recibe sus elementos del pasado y del pueblo pobre que la enriquece a veces con doctores, nuevos ricos y políticos afortunados. Sus orígenes históricos son lamentables

como que marcan un gran descenso en la cultura nicaragüense al pasar de la vida colonial a la vida independiente.

Aquí sólo deseo denunciar y combatir el espíritu opaco, denso y pesado de nuestra burguesía liberal nicaragüense para que los jóvenes más jóvenes me lean y comprendan, sepan reaccionar y rebelarse, en la seguridad de que si no disipan ese espíritu burgués que nos ahoga, se verán condenados a vivir una vida frustrada, con el corazón reseco, con el cerebro atrofiado, con el ánimo triste y con la ilusión desolada.

Me empeño en llamarla burguesía liberal porque ella y el liberalismo se identifican, porque el liberalismo ha sido su mismo espíritu y porque nació jugando el sufragio universal y todas las libertades políticas. El sufragio ha constituido el instrumento electoral de que se vale para extender su influencia política y su dominio comercial. Pero, conforme a uno de los rasgos esenciales de su carácter, aunque este mismo instrumento electoral se vuelve a menudo contra ella, nunca se atreverá a suprimirlo y se conformará con burlarlo por el fraude. Esa es su hipocresía ingénita.

Esencialmente conservadora de todo, de lo bueno o de lo malo, la burguesía es inerte. Apenas encuentra una relativa comodidad en una situación que la convierte por la fuerza del hábito en costumbre y de ese modo es incapaz de imprimirle movimiento al conjunto social que preside y explota. Colocada en posición de dirigir, se entrega sin embargo a todos los caprichos de sus gobiernos, con absoluta indiferencia, con tal que éstos no atenten de manera inmediata contra su seguridad alimenticia, sus comodidades perezosas y contra sus instituciones que ella respeta por temor.

Así, en lugar de tradición, tiene hábitos y costumbres y en lugar de filosofía de la historia, curiosidad periodística. No ve, pues, la vida humana

como el movimiento de las generaciones de una misma sangre y de un común destino en una tierra inalienable y por lo tanto carece de aspiraciones sociales, de ideal nacional, de patriotismo. Se le antojan la grandeza espiritual y la cultura como ornamentos inútiles y pedantes y así se deja arrebatar los hijos por una escuela atrofiadora y sin norte, que los embrutece y los achata para siempre. De esa manera la burguesía termina por ser hostil a la inteligencia y a todas sus manifestaciones desinteresadas. No es extraño, pues, que los jóvenes que sentimos una imperiosa necesidad de expresar la alegría y la ilusión de vivir y de crecer, nos encontremos apretados por un ambiente sordo, insensible y enemigo.

Vivimos en una sociedad que desprecia las artes, que padece un epidérmico mal gusto que no sabe leer ni escribir. Los salones están llenos de cromos idiotas y de jugueteras que sólo sirven para dificultar el movimiento. El cementerio, que es la morada de las esculturas, es la morada de las esculturas muertas. ¿Qué lee la burguesía liberal de Nicaragua? Apuesto a que si juntaran los libros encerrados entre las fronteras de la república, no se podría ni formar una biblioteca de segunda clase. Nuestros profesores, médicos, abogados y comerciantes se mal alimentan con papeles tan vacíos y tan dispersos que sólo se parecen a las noveletas y novelones que devoran nuestras ociosas compañeras. No hay excepciones, porque el más grande de nuestros hombres vive de lecturas esporádicas, revueltas, insufi-

cientes. Por ese camino la producción es vergonzante, anímica y sin influencia. Y sucede lo mismo en todos los órdenes y en todas las manifestaciones de la cultura. En las ciencias naturales y sociales predomina un criterio de aplicación profesional digamos comercial, que convierte los cerebros en truchas y botiquines. Todo lo que se lleva más arriba del nivel pantanoso de nuestra burguesía, sufre la burla, la desatención y aun la agresión de los imbéciles. Es conocida la tragedia de nuestros pocos hombres de inteligencia generosa, que mueren sumidos en una miserable oscuridad o en un voluntario destierro.

Librémonos los jóvenes de una herencia de resignación y de fracaso innato que paraliza todos los brotes de la energía. Debemos declarar la guerra abierta y sin cuartel al espíritu burgués que vengo denunciando. No hay que engañarse pensando que se puede convertir y cultivar la burguesía. Es refractaria por posición. Los burgueses nacen como todos los hijos de Dios capaces de recibir los dones del Espíritu Santo, pero se cierran a esos dones por la vida que viven, por la estructura social que constituyen. Es necesario moverlos haciéndoles imposible la vida y dándoles nuevas coces para desarrollar el fondo humano de sus almas.

“El Diario Nicaragüense”  
22 de Marzo, 1931

# LOS PARQUES Y LAS FOCAS

De pronto me sentía presa del tedio, frente al vacío y como al borde mismo de la desintegración, la que me parecía ver donde quiera. Me repetía, como era propio, el conocido verso de Mallarmé:

*La chair es triste; hélas! et j'ai lu tous les livres*

Lleno de hastío —y no del todo literario— encontraba refugio en los parques. Había muchos en San Francisco de California, desde el inmenso parque Golden Gate hasta el pequeño parque Washington, donde los árboles, el aire puro y el paisaje del mar me apaciguaban. Componía cortos poemas, medio espontáneos, medio descuidados, con fragmentos de ideas, imágenes urbanas y símbolos personales, mejor dicho, privados, en cierto modo bajo la influencia de Jean Cocteau, que yo llamaba Parques, porque eran, como los parques, pequeños refugios de mi desorientada soledad.

En mis paseos solitarios iba a menudo al mar. Me divertía sobre todo viendo las focas jugar sobre las rocas que se veían mar adentro. Recuerdo que en Cliff-House, un restaurante popular próximo a Sutro Baths —piscinas siempre pobladas de blancas y morenas y rubias muchachas— que estaba casi al borde del áspero acantilado en el que rompe el mar abierto, había un telescopio para mirar los juegos de las focas en los altos peñascos que emergían del mar como islotes o arrecifes. Centenares de focas, llenas de lo que entonces llamaban *pep*, neumáticas, dinámicas, atléticas, deportivas, jugaban en las rocas, escalando con rapidez el promontorio, en apretadas filas de alegres nadadoras, empujándose,

apartándose, adelantándose y dejándose atrás las unas a las otras, brincando y saltando con admirable agilidad de saltimbanquis, hasta llegar a los altos salientes de las peñas, que les servían de trampolines y en los que ejecutaban con maestría clavados impecables, de frente y de cabeza, de cabeza y de espaldas, dando saltos mortales y sumergiéndose y apareciendo poco después de entre las aguas espumosas, para volver a hacer lo mismo, a repetir el juego, de igual manera que las bandadas de muchachas californianas en vestido de baño que se entregaban a los mismos juegos de natación y salto del trampolín en las piscinas de Sutro Baths o más lejos sobre la costa, en la enorme piscina al aire libre de Fleishshackers, adonde acudían millares de bañistas las mañanas de los domingos. Miradas a lo lejos sin la ayuda del telescopio, las animadas focas, cimbreadas y femeniles, con sus torsos gallardos, los duros pechos púberes, sus caderas redondas, sus delgadas y flexibles cinturas, sus cuellos cortos y sus caritas vivaces, parecían muchachas desnudas, doncellas polinésicas, africanas, indias americanas, bañándose y retozando en peñones y costas lejanas vistas desde un velero. Entonces fue cuando hice el descubrimiento —para mí al menos importante— que llenaba mis parques con el símbolo de las sirenas: aquellas niñas del mar, las hechiceras de las islas, las que alejan al navegante de su ruta, causan la pérdida de la nave y precipitan a los hombres a los abismos donde se ahogan, donde se desintegran y se deshacen arrastrados por las canciones de aquellas muchachas, sus cantos de sirena que les promete revelarles todos los secretos de la historia y del mito y de la vida, y cuya significación ahora descubría yo a mi manera.

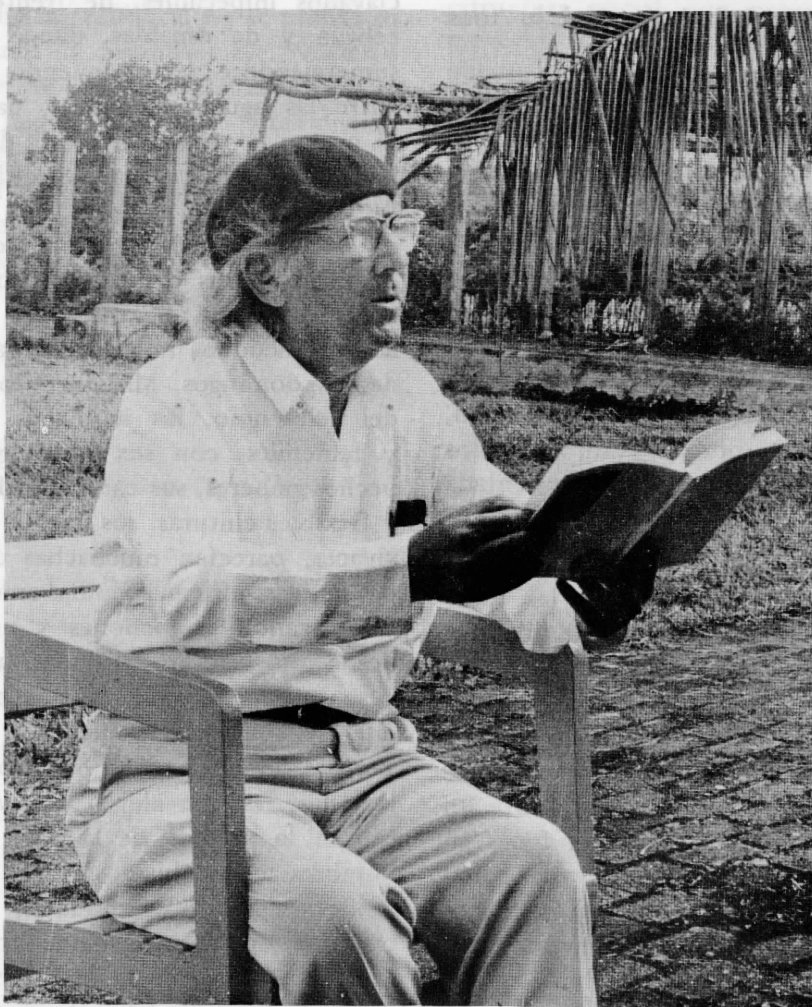


He conocido después a Circe, la encantadora maga que transforma a los hombres en fieras o cerdos, y hoy vivo al lado de Penélope, pero en aquellos años apenas conocía a las sirenas. Se me ocurrió de pronto que aquellas focas eran precisamente —como lo eran— las sirenas legendarias de los antiguos marineros: muchachas seductoras, con sus colas de pescado, brillantes en el sol como llenas de escamas, tomando todos los colores y matices del día, los tonos y reflejos cambiantes de la luz —el oro rubio, el tenue plata, el rosa, el pálido, el moreno— en los caprichos de la imaginación, de marinos reprimidos. Ví, en un momento de intuición, la cruel verdad del símbolo: que las sirenas no eran sino las focas.

Había visto en otras ocasiones una foca solitaria, revoloteándose en una sucia pileta del parque Golden Gate en las proximidades del Aquarium, puerca, perruna, cinocéfala, hedionda. Me acordé de los templos prostibularios en los

promontorios del Mediterráneo a los que los marineros fenicios, griegos, romanos, acudían temblando de deseo, con mitológicas visiones en la cabeza y de los que se alejaban ahitos, con sueños y pesadillas de animales inmundos. Eran, pues, las sirenas —la Enciclopedia Británica que consulté en seguida, afirmaba que los antiguos navegantes mediterráneos inventaron el mito de las sirenas: **mermaids**, niñas del mar, viendo de lejos a las focas— un mito ambivalente. Mitad niña hechicera, mitad lamoso pez. Niña de la cintura para arriba, donde le da la luz del sol, monstruo de la cintura para abajo en la parte que se hunde bajo el agua del mar. Niña alegre de lejos, la boca llena de risas y cantos, foca hedionda de cerca, que ahoga entre sus brazos la poesía de la inocencia. Símbolo, al fin de cuentas, del sexo sin amor.

San Francisco del Río, 1945.



CORONEL